

# La Posición Cultural de Santo Domingo en la Arqueología Indo-Antillana

*Discurso de ingreso como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, leído por el Ing. Emile de Boyrie Moya en la sesión solemne celebrada el día 10 de diciembre de 1957*

**Señor Presidente:**

**Señores Académicos:**

**Damas y Caballeros:**

**Deseo que mis primeras palabras sean una manifestación cordialísima del sentimiento de gratitud que han hecho germinar en mi espíritu los que, de manera tan benévola, me han llamado a compartir sus patrióticas labores en el seno de esta Honorable Corporación.**



Cuando fui honrado con el nombramiento de Miembro Correspondiente, expresé mi agradecimiento más sincero, pues consideraba que mis modestos trabajos en el campo de la arqueología y de la historia indo-antillanas no merecían tan alto premio.

Ahora, al sorprenderme la elección de Miembro Numerario, he considerado que se me llama para servir, para trabajar con amor y con entusiasmo en el seno de esta Academia, y hago provecho de este solemne momento para recalcar ante vosotros que pondré todo mi corazón, y todo mi esfuerzo, para sumarlos a la labor que tan dignamente viene realizando esta Institución, desde que fué fundada por el sabio estadista que le infundiera vida.

El trabajo que voy a someter esta noche a vuestra docta consideración, y para el cual solicito vuestra benevolencia, está relacionado con la posición cultural de Santo Domingo en la arqueología indo-antillana. Contiene, como veréis, el criterio y observaciones de muy autorizados arqueólogos antillanos y continentales, y resume también buena parte de los resultados de los estudios que hemos podido realizar, durante la última década, en el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Santo Domingo.

Este organismo fué fundado en el año 1947 por expresa y oportuna disposición del Señor Presidente de la República, cargo que para ese entonces desempeñaba el Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, bajo cuya gestión tanto han avanzado las actividades culturales y científicas en la República Dominicana.

La disposición de crear el Instituto de Investigaciones Antropológicas emanó directamente del Generalísimo Trujillo, en quien es notorio un extraordinario interés por todo lo relacionado con nuestro acervo histórico y folklórico y con la depuración científica de la prehistoria antillana. Para lograr estas finalidades, el Benefactor de la Patria sometió al Congreso Nacional el correspondiente proyecto de ley, por medio del cual se creaba un Instituto de Investigaciones Antropológicas adscrito a la Universidad de Santo Domingo.



El mensaje que a ese efecto envió el Generalísimo Trujillo a las Cámaras Legislativas, contiene estas profundas observaciones:

“Nuestro país constituye uno de los más ricos veneros de riquezas arqueológicas existentes en las Antillas, de las cuales muchas se conservan, no obstante el estado de descuido que prevaleció en el pasado entre nosotros sobre estas materias, más, atendidas en otros países.

Por tal razón, desde hace varios años el Gobierno que presido se preocupó por organizar los estudios de Arqueología y conservar las riquezas arqueológicas, siendo testimonios de este interés la creación del Museo Nacional, de la Comisión Asesora del Museo y de la Comisión Nacional de Arqueología.

La creación del Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas representará la culminación de estos esfuerzos, y tendrá la ventaja de encontrar mucho terreno ya preparado para el éxito de su trabajo.

Con la creación de este Intituto cumple además la República con recomendaciones hechas por la Unión Interamericana del Caribe y por la Conferencia Arqueológica del Caribe celebrada recientemente en la República de Honduras”.

En este aspecto de su gestión administrativa, el Padre de la Patria Nueva no ha escatimado medio alguno, acogiendo favorablemente toda idea o propósito, o siendo él personalmente el originador de tales propósitos, encaminados al logro señalado ya, inspirado siempre en su acendrado cariño y dedicación a la República.

Gracias a ello, y a los esfuerzos que pudieron ser desplegados al amparo de tan eximia inspiración, el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Santo Domingo ha logrado rendir, en sus once años de existencia, una muy interesante y valiosa labor científica que es ya bien conocida y estimada en el país y en el exterior.

El cambio de visitas de técnicos extranjeros y de los miembros



del Instituto ha sido factible por el apoyo económico y la asistencia moral brindados por Trujillo, con toda amplitud y oportunidad.

Quede, pues, constancia, y muy sincera, de nuestro reconocimiento a tan ilustre rector del pueblo dominicano.

En lo que se refiere a nuestra arqueología colonial, —tan descuidada también en nuestro pasado—, su protección oficial, en los últimos veintisiete años, ha venido a salvar, para la posteridad, monumentos coloniales que podemos considerar como los más importantes todavía existentes en América, ya que, perdurando aún en nuestro suelo, constituyen los primigenios testimonios, —de piedra y tapia—, de la génesis de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo, génesis de la cual fué Santo Domingo cuna y centro vital en los albores del Descubrimiento y la Conquista.

Exponentes de este elevado interés oficial en la adecuada protección de nuestras reliquias coloniales e históricas han sido la creación de la “Comisión Conservadora de Monumentos Nacionales”; las leyes que clasifican y amparan estos monumentos; las providencias tomadas para su adecuada conservación, y la rehabilitación de muchos de ellos. En este último aspecto se destaca la soberbia restauración del Alcázar de Don Diego Colón, y la de la antigua iglesia de los Jesuitas, en Ciudad Trujillo, así como la de la iglesia de Boyá, en el postrer asiento de vivienda indígena de nuestra isla.

Como ya indicamos, el modesto trabajo que, a continuación vamos a someter a vuestra elevada consideración, lleva por título “La Posición Cultural de Santo Domingo en la Arqueología Indoantillana”.

Difícil será mi posición esta noche ante vosotros, ya que es bien sabido que el sistemático pragmatismo y la inherente aridez de todo trabajo producto de la investigación antropológica, arqueológica o etnológica, lo puede transformar fácilmente en pieza muy cansada, aún para el más afable y mejor intencionado de los auditorios.

Pongo pues mis esperanzas en poder contar con vuestra sincera y cordial benevolencia.



## LA POSICION CULTURAL DE SANTO DOMINGO EN LA ARQUEOLOGIA INDO-ANTILLANA

En la época del descubrimiento de América, los indígenas que poblaban el Archipiélago Antillano y las Bahamas pertenecían a varios grupos étnicos que pueden ser clasificados del siguiente modo:

1— Los TAINOS: que constituían la gran mayoría de la población de las islas de Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba. Indios de tendencias pacíficas, expertos tallistas y pulidores de piedras, prolíficos alfareros y organizados agricultores, son considerados como los más destacados y representativos de todos los *aruacos insulares*, sobre todo por el alto grado que alcanzaron en el desarrollo de su organización política, social y religiosa.

2— Los SUB-TAINOS: (subdivisión propuesta por Harrington) que poblaban la isla de Jamaica y la parte central de Cuba. Eran de origen aruaco y hablaban un dialecto taíno, pero su desarrollo cultural permaneció muy por debajo del de los propios taínos, aunque en Jamaica llegó a alcanzar algunos niveles intermedios.

3— Los CIGUAYOS o *Mazoriges*: pequeño contingente relativamente aislado, aunque también de probable estirpe aruaca suramericana, que poblaba la región nordeste de la isla de Santo Domingo. Se distinguían por su carácter belicoso, siendo muy valerosos y hábiles flecheros; llevaban el cabello largo —“como las mujeres en Castilla” nos cuenta Colón—, y hablaban un dialecto distinto del taíno.

4— Los GUANAHATABEYES y los CIBONEYES: reducidos grupos étnicos, de cultura muy primitiva de simples recolectores, cazadores y pescadores semi-nómadas, que desconocían la cerámica y la agricultura, y constituían los restos de núcleos dispersos que habían poblado a Cuba y Santo Domingo antes del arribo de los aruacos. Para la época del Descubrimiento sus ya escasos representativos se habían replegado, probablemente ante el avance de los taínos, refugiándose en zonas marginales y difícilmente accesibles de los extremos occidentales de las dos islas (en la península de Guacayarima o Jaquimo, y en Pinar del Río) y en los apartados cayos cubanos de los Jardines de la Reina.



5— Los LUCAYOS: habitantes de las Bahamas, con una cultura aruaca similar a la sub-táina de Cuba y Jamaica, y que hablaban un dialecto taíno.

6— Los CARIBES: el último grupo indígena en invadir las Antillas. Su avance progresivo, desde Suramérica, por las Antillas Menores, en las que habían exterminado a los igneris y taínos del sexo masculino, los había llevado ya, en el momento del contacto histórico, hasta las islas Vírgenes y a la isla de Vieques, once kilómetros al este de Puerto Rico. Robustos y fieros guerreros, caníbales, raptos de mujeres aruacas y audaces navegantes que supieron utilizar velas en sus canoas, tenían ya bajo la constante amenaza de sus ataques y depredaciones a las poblaciones taínas de las costas de Puerto Rico y Santo Domingo. Su rápida penetración antillana, de acuerdo con sus propias tradiciones recogidas por los cronistas, no databa de más de un siglo antes de la llegada de los hispanos.

7— Los IGNERIS: rama aruaca que primitivamente parece haber ocupado las Antillas Menores, penetrando hasta Puerto Rico, y, en una etapa final, hasta la hoy República Dominicana, donde, recientes descubrimientos arqueológicos realizados por el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Santo Domingo, han podido comprobar su asentamiento aquí antes de la llegada de los taínos. Fueron probablemente absorbidos, o desplazados en parte, por los taínos y luego casi totalmente exterminados en las Antillas Menores por los caribes. En la época colombina unos pocos sobrevivían aún, principalmente en las islas de Trinidad, Tobago y Granada, en las cercanías del delta orinoquense.

\* \* \*

Para el estudio de las culturas indígenas precolombinas en las Antillas Mayores hay que tener muy en cuenta las características geográficas de la extensa zona del Mar Caribe y del Golfo de México, y la respectiva y relativa posición espacial de cada una de las islas del Archipiélago Antillano y de las regiones aledañas y continentales.



Las migraciones étnicas de isla en isla, en este extremo nor-  
teño del Caribe, crearon, en su tiempo, áreas y períodos de cultu-  
ras diferentes, sobre los cuales no se poseen adecuadas referencias  
históricas, pero que las pruebas últimamente aportadas por las in-  
vestigaciones arqueológicas están permitiendo delimitar con muy  
manifiestas evidencias de certidumbre.

Las intrincadas piezas de este científico —y hasta hace rela-  
tivamente poco tiempo— confuso rompecabezas, se han ido colocan-  
do en sitio merced a una paciente, esforzada y minuciosa labor co-  
lectiva, en la que, desde su fundación en el año 1947, viene muy ac-  
tivamente cooperando el Instituto Dominicano de Investigaciones  
Antropológicas de la Universidad de Santo Domingo, en lo que a la  
República Dominicana se refiere.

En relación con la colectiva y destacada labor arqueológica  
realizada hasta la fecha en las Antillas y áreas aledañas, merecen  
ser citados aquí algunos nombres:

Para la República Dominicana: Gabb (quien entre 1869 y  
1871 obtuvo la primera secuencia estratigráfica de las Antillas, —  
y, como sugiere Rouse, probablemente la primera del Nuevo Mun-  
do—, mientras excavaba en una cueva de San Lorenzo, en la costa  
suroeste de nuestra Bahía de Samaná); Pinard, quien en el año  
1881, y a solicitud del Gobierno Dominicano, también excavó en  
nuestras cuevas de San Lorenzo y los Haitises; Llenas, Fewkes, De  
Booy, Alberti-Bosch, y, más recientemente, Krieger, Hatt, Wirtz,  
Herrera-Fritot, Cruxent, y la Universidad de Santo Domingo por  
medio de su Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Para Puerto Rico: Stahl, Coll y Toste, Fewkes, Aitken, Hae-  
berlin, Osgood, Lothrop, De Hostos, Rainey, Mason, Rouse, Mon-  
talvo-Guenard, Alegría.

Para Cuba: Montané, Fewkes, Cosculluela, García-Feria, Ha-  
rrington, Herrera-Fritot, Morales Patiño, Royo Guardia, Tabio, el  
Grupo Guamá, Pichardo Moya, Ortiz, Osgood, Rouse, García-Cas-  
tañeda, García-Valdez, Boytel, Alonso.

Para Haití: Krieger, Boggs, Rouse, Rainey, Mangones, Bastien,  
Aubourg, Fisher.

Para Venezuela: Cruxent, Rouse, Dupuy, Bennett, Osgood,  
Howard, Ford, Kidder, Kirchhoff.



Para las Antillas Menores: De Booy, Huckerby, Hatt, Taylor-Krieger, De Jong, Revert, Pinchon, Bullbrook, Rouse.

Para Jamaica: De Booy y Serlock.

Para Aruba, Curazao y Bonaire: De Jong, Hummelinck.

Para las Bahamas: De Booy, Krieger y Granberry.

Para la Florida: Goggin, Griffin, Smith, Willey, Bullen.

Para el Amazonia, Guayanas y bajo Orinoco: Hartt, Goeldi, Cruis, Farabee, Nimuendajú, Palmatary, Stewart, Rydén, Meggers, Evans, Clifford, Goethals, Mordini, Reichlein, Gillins, Hilbert.

Y así muchos otros que han aportado los resultados de sus esfuerzos para un mejor esclarecimiento de los estudios de las antiguas culturas indo-antillanas.

Estos resultados arqueológicos, apropiadamente analizados, han permitido confirmar unas veces, y otras aclarar, rectificar o refutar, muchas de las informaciones, —tan numerosas pero frecuentemente tan confusas y hasta contradictorias entre sí—, que nos legaron los primeros viajeros, historiadores y cronistas de Indias. Y esas informaciones de Cristóbal y Fernando Colón, de Chanca, Cúneo, Pané, Las Casas, Oviedo, Martir, Méndez, Velázquez, Benzoni, Acosta, López de Gómara, Núñez Cabeza de Vaca, Castellanos, Fontaneda y tantos otros, esas informaciones, como es de todos sabido, fueron, muchas ciertamente el producto de una inquisitiva observación directa, si bien a veces las sentimos viciadas ya de hipérbolas, ya de detracciones; otras surgieron de cuidadosa transcripción de documentos de otros observadores cuyas anotaciones originales luego desaparecieron; pero varias fueron meras interpretaciones, personales y dramatizadas, —unas veces justas, otras exageradas o mal interpretadas—, de testimonios y relatos de terceros; y otras, finalmente, —aunque bien intencionadas pero probablemente entorpecidas y alteradas por las diferencias semánticas—, comprenden recopilaciones de tradiciones y leyendas, indeterminadas en el tiempo, pero posiblemente seculares en muchos casos.

La recopilación, el análisis, el cotejo y la adecuada interpretación de todos estos datos, especialmente de los obtenidos en arqueología por métodos más científicos y sistemáticos en las últimas tres décadas, están ampliando y puntualizando, cada día más, el panorama prehistórico circuncaribe.



Todavía existen vacíos muy grandes en este vasto y complicado conjunto, sobre todo en varias de las probables regiones de origen, o centros continentales de expansión, de muchas de las migraciones que se asentaron en nuestras islas.

Faltan datos esenciales de Venezuela, en el alto y bajo Orinoco, de los que se están ocupando los compañeros Cruxent y Rouse mientras Wilbert estudia posibles supervivencias culturales en el delta orinoquense. Falta algo de Trinidad, pero allí han vuelto a trabajar recientemente Goggin y Rouse, acompañados por Bullbrook. Se necesitan más datos de las húmedas Guayanas y del Amazonia, y puntualizaciones en varias Antillas Menores, aunque acaba de ser publicada la extensa obra de Betty J. Meggers y Clifford Evans titulada "Investigaciones Arqueológicas en la Boca del Amazonas" (territorio de Amapá e islas Marajó, Mexiana y Caviana), a la par que Goethals, Hilbert y otros especialistas trabajan activamente en otros sectores del bajo Amazonas y en las Guayanas, mientras en Martinica y Guadalupe continúa sus sondeos el Padre Pinchon, siguiendo los pasos de Huckerby y Josselyn de Jong. Falta bastante en Cuba, pero los compañeros Herrera-Fritot, Morales-Patiño, Royo-Guardia, Tabío y otros, que componen allí el Grupo Guamá y la Junta de Arqueología, están rindiendo una laudable labor en ese sentido. Falta mucho en Jamaica y las Bahamas, si bien sobre estas últimas acaban de ser publicados, en octubre 1956 y abril 1957, dos importantes trabajos de Granberry sobre los estudios que allí está llevando a cabo; y faltan numerosos datos, para precisiones completivas, en nuestra isla, especialmente sobre las elusivas y enigmáticas fases pre-cerámicas. En Haití, Fisher y otros hacen lo que pueden, pero de lo que corresponde a la República Dominicana se está ocupando sistemáticamente el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas, que ha logrado destacados descubrimientos en los últimos años, y que viene realizando muy importantes trabajos, altamente apreciados por los organismos científicos antillanos y continentales.

Faltan pues muchas fichas importantes por encontrar y colocar correctamente en el complicado tablero arqueológico indo-antillano.

Pero los testimonios logrados hasta ahora, aunque no estén del todo completos, son ya asaz ilustrativos y orientadores por sus im-



plicaciones, y de suficiente peso por su autenticidad, para facultar, como ya dijimos, la determinación de diversas áreas y períodos de culturas indígenas en las Antillas Mayores, determinación esta que, por el momento es tentativa, es cierto, pero que irá siendo ampliada, robustecida o rectificada, año tras año, por nuevas comprobaciones arqueológicas.

\* \* \*

Durante los períodos de ocupación de las culturas pre-cerámicas, cada una de las Grandes Antillas puede prácticamente ser considerada como representando una zona cultural relativamente homogénea.

En Cuba, el *Guanahatabey* de Guayabo Blanco y de la Ciénaga de Zapata, con su rústico menaje de concha y piedras naturales, y el seudo *Ciboney* de Cayo Redondo, Pico Tuerto del Naranjal, Soroa, Jibacoa y cayos al noroeste de Caibarién, con su ajuar conchero adicionado de dagas y bolas líticas y otros utensilios de piedra, eran considerados, hasta hace pocos años, como pertenecientes a dos fases sucesivas de una misma cultura pre-cerámica y pre-agrícola. Pero desde el año 1950, como lo explicaremos más adelante, se les ha reconocido, de un modo oficial, como representativos de dos complejos culturales distintos, el Complejo I y el Complejo II, con diferentes períodos de ocupación.

Es más, nuevos descubrimientos arqueológicos realizados en Cuba, sumados a minuciosas revisiones y tabulaciones llevadas a cabo por el arqueólogo Ernesto Tabío Palma, tienden a demostrar que el Complejo Cultural II, que hasta el año 1950 se reconocía como *ciboney*, puede ser muy anterior al *guanahatabey*, que había sido clasificado como Complejo I.

A este respecto aclara muy recientemente el Dr. Herrera Fritot que si bien en la "Reunión en Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe" celebrada en La Habana en septiembre de 1950, se tomó el acuerdo de "llamar respectivamente Complejo I (o Cultura de la Concha), Complejo II (o Cultura de la Piedra) y Complejo III (o Cultura de la Alfarería) a los tres grupos culturales indocu-



banos, que allí precisamente se aceptaron con una tipología bien definida para cada uno”, se usó esa progresiva denominación “según el grado comparativo de cultura y no según el orden de su antigüedad”.

De acuerdo con las nuevas rectificaciones, el Complejo II resultaría ser el más antiguo, tanto por su convivencia con una fauna pleistocena ya extinguida, como por la disposición de sus yacimientos y la propia morfología craneana de sus individuos.

De confirmarse estos asertos, este ahora llamado Complejo II representaría al más remoto poblador de Cuba y de Santo Domingo, el verdadero *protoantillano*, que, como apunta Herrera-Fritot, resultaría ahora “sin denominación histórica ya que la historia no lo conoció ni siquiera por referencias de los otros indígenas. Probablemente se había extinguido totalmente, como la fauna acompañante, mucho antes de la ocupación posterior de las islas por otros pueblos indígenas continentales”.

La fauna que, al parecer, ya estaba extinguida cuando llegaron los aruacos-continentales a estas islas, pero cuyos restos han aparecido en Cuba, asociados con vestigios arqueológicos y osamentas humanas correspondientes al Complejo Cultural II, comprendía principalmente tres grandes edentados, del tipo de los perezosos de sudamérica: el *Megalocnus rodens*, el *Mesocnus torrei* y el *Microcnus gliriformis*, y una pequeña musaraña: el *Nesophontes micrus*.

Los residuarios pre-cerámicos cubanos del Complejo I se caracterizan por un énfasis sobre los artefactos de concha, especialmente la *gubia*. En la isla de Santo Domingo, los escasos asientos arqueológicos pre-cerámicos encontrados hasta ahora (sobre todo en la zona occidental) se caracterizan, por el contrario, como los del Complejo II cubano, por una mucho mayor abundancia de material lítico que de concha, con muy peculiares cuchillos, dagas y raspadores de duro silex.

De acuerdo con nuestros propios estudios, estimamos que la cultura *guanahatabey* del Complejo I, o *Cultura de la Concha*, fué relativamente escasa en nuestra isla, pero que, sin embargo, está re-



presentada en la República Dominicana en los estratos más profundos de los grandes residuarios concheros, conteniendo utillaje acerámico, de las cuevas de San Lorenzo y los Haitises, aledaños a manglares pantanosos, en la costa suroeste de la Bahía de Samaná.

En cuanto a la igualmente pre-cerámica y pre-agrícola cultura del Complejo II, o *Cultura de la Piedra* del “protoantillano” aunque sus prehistóricos asentamientos han sido hasta ahora difíciles de localizar, su presencia en nuestro territorio está ampliamente atestiguada por la apreciable cantidad de dagas y bolas líticas encontradas en la República Dominicana, muchas de las cuales están en exhibición en las vitrinas de nuestro Museo Nacional. Realizamos un cuidadoso cotejo de estos artefactos pétreos de Santo Domingo con los que en Cuba constituyen los elementos de diagnóstico más característicos del Complejo II de Cayo Redondo, Cayo Salinas de Caibarién y otros asentamientos típicos, y hemos podido comprobar sus inequívocas analogías.

La primera mención sobre la existencia de esas enigmáticas bolas líticas en la República Dominicana es muy antigua, pues aparece en la *Historia de Indias*. En su relato sobre la construcción de la Fortaleza de Santo Tomás de Jánico, iniciada en marzo de 1494 bajo la propia dirección del Gran Almirante, nos cuenta el Padre Las Casas que: “De una cosa hubo admiración el Almirante y los que con él estaban, conviene a saber, que, abriendo los cimientos para una fortaleza, y haciendo la cava, cavando hondo bien un estado, y aún rompiendo a partes alguna peña, hallaron unos nidos de paja . . . y como por huevos, entre ellos había tres o cuatro piedras redondas, casi como unas naranjas, de la manera que las pudieran haber hecho para pelotas de bombardas”. Parecían pues muy anteriores a los *taínos* las bolas líticas, y se colige hubo admiración y asombro también de parte de los indígenas que acompañaban a los cristianos, ya que Las Casas abarca en su informe a todos los que estaban con el Almirante, sin excluir los indios del pueblo vecino de la Isabela que formaban parte de su séquito en aquella expedición.

En agosto del año pasado, realizamos estudios y levantamientos de planos, con el Instituto de Investigaciones Antropológicas, en el apartado y bellissimo paraje de nuestras cerranías donde estuvo ubicada la fortaleza colombina de Santo Tomás de Jánico. Y allí



exploramos y medimos las cavas o zanjas que menciona el Padre Las Casas, y que aún se conservan limpias y abiertas en el firme suelo de la pequeña planicie que corona el engramado cerro, casi tales quizás como cuando las vieron, acabadas de abrir, Cristóbal Colón, Alonso de Ojeda, Luis de Arriaga, Mosen Pedro de Margarite y sus acompañantes, a quienes tanta admiración causó el hallazgo de las bolas líticas. Hoy sólo el fino manto de grama que recubre las cavas debe diferenciarlas de su primitivo aspecto, aunque les ha servido de malla protectora, pues conservan todavía la profundidad de casi un estado, o altura de hombre, que les atribuyó el obispo de Chiapa.

Junto al asiento de la antigua fortaleza, entre el pie del cerro y la suave recurva que, bajo un denso palio de frondas, hace allí el rumoroso y cristalino río Jánico, localizamos la pequeña sabana que cita el Padre Las Casas como habiendo sido cultivada por él.

También localizamos, en la contigua confluencia del arroyo Cidra con el río Janico, la isleta “de muy fértil y gruesa tierra” en la cual, según informa el mismo Las Casas, fueron sembradas, en América, las primeras semillas de cebolla, traídas de Castilla.

\* \* \*

Al este de Santo Domingo son aún más escasos los asientos pre-cerámicos encontrados hasta ahora. Vestigios han sido localizados en Coroso, (Puerto Rico), y Bahía de Krum, en las Islas Vírgenes, pero algunos parecen más bien corresponder a sitios donde individuos de períodos y culturas aún indeterminados iban probablemente a recoger y abrir ostras. El sitio de Savanetta, cerca de la Bahía de Claxton, reportado anteriormente en la isla de Trinidad, se encuentra ya prácticamente descartado de la lista de posibles asientos de culturas pre-cerámicas porque presenta más bien características de haber sido un antiguo lugar de colecta y preparación de pedernal.

La gran abundancia de conchales pre-cerámicos en los cayos de la Florida, su frecuencia en Cuba, su relativa escasez en la isla



de Santo Domingo, —aunque con mayor material lítico—, y su casi total ausencia en Puerto Rico e Islas Vírgenes, donde sólo aparecen en muy contados y dudosos casos, habían robustecido la teoría del origen norteño o floridano para el *guanahatabey*, posible segundo poblador de Cuba y Santo Domingo.

Esta teoría se consideraba prácticamente confirmada, y hasta sus más encarnizados opositores se inclinaban ya a no discutirla más, porque ni en las Antillas Menores ni en las costas del Nordeste de Sur América habían aparecido justificados vestigios que pudieran indicar allí la presencia de grupos pre-cerámicos de este tipo.

Pero en el verano del año 1950, el correo nos trajo una inesperada nueva. Rouse y Cruxent nos informaban, y así lo publicaron luego, que acababan de comprobar la existencia de residuarios no-cerámicos junto a la playa de Manicuare, península de Araya, en la costa nordeste de Venezuela, y que entre los vestigios excavados aparecían gubias de concha y otros elementos, similares o posiblemente relacionables con los de la conchera cultura *guanahatabey* cubana de Guayabo Blanco.

Esta noticia, como es natural, ha hecho revivir las discusiones y desacuerdos entre los especializados en arqueología antillana, pues volvía a presentar sobre el tapete científico, —esta vez con testimonios materiales de respaldo—, la probabilidad de un origen *suramericano* para los *guanahatabeyes* del *Complejo I*, o cuando menos, la posibilidad de que si descendieron a las Antillas Mayores desde la península y cayos de la Florida, pudieron haber llegado hasta las costas venezolanas.

Sin embargo la teoría del origen suramericano de este *Complejo I*, carente por tanto tiempo de suficientes pruebas arqueológicas que señalaran sus posibles centros de expansión en las costas septentrionales del continente de Sur América, y las vías de su dispersión hacia las Antillas Mayores, está recibiendo en estos momentos el fuerte y nuevo apoyo de los resultados comprobatorios de los trabajos que llevan a cabo Meggers y Evans en Amazonia y las Guayanas, Hilbert en el bajo Amazonas, Cruxent y Rouse en el



alto Orinoco y costas venezolanas, Goethals en la Guayana Holandesa y Evans en la Guayana Británica.

A estas nuevas pruebas arqueológicas que están siendo logradas en suramérica, viene ahora a agregarse un inesperado testimonio etnográfico:

Johannes Wilbert, en interesante monografía que acaba de publicar en Caracas en el mes de diciembre de 1956, informa, como resultado de sus recientes investigaciones de campo, haber encontrado los *Warrau* del Delta del Orinoco en posesión de algunos rasgos culturales social-religiosos con reminiscencias de pueblos circuncaribes, —los taínos—, y de civilizaciones andinas, pero que sus principales características etnográficas actuales, de pueblos semi-nómadas recolectores arbolarios y cazadores, viviendo aún en nuestra época en un nivel cultural desprovisto de cerámica y de agricultura, en las florestas del Delta, así como su ancestral tradición marinera de muy intrépidos navegantes, podrían posiblemente relacionarlos con los antiguos *ciboneyes* o *guanahatabeyes* del Complejo I, de cuya supervivencia en las Antillas Mayores, en épocas históricas, dieron cuenta los primeros Cronistas de Indias.

Wilbert aporta además ejemplos de posibles relaciones semánticas *warrau* en algunas toponimias y nombres de pueblos antillanos, tales como: *guanahatabey*, en *warrau guanahatabai*, que significa “haber estado sin botes”; *guanahacabibes*, en *warrau ganahakabebe*, “bajarse del bote a la maleza de la orilla”: *Marién*, nombre de uno de nuestros más montañosos cacicazgos indígenas, en *warrau marí*, “rizado, crespo”; *Baracoa*, región y ciudad en el extremo oriental de Cuba, de *barakúa*, “punta (de la isla)”: *guacayarima*, topónimo de la antigua península de refugio ciboney en el extremo occidental de la isla de Santo Domingo, —aunque con distinta etimología para Pedro Mártir y Las Casas—, podría provenir del vocablo *warrau guaikuyarima*, que significa “voltearse en el bote, o donde los botes se voltean”; y así varios más.

\* \* \*

Detrás de los *ciboneyes* y *guanahatabeyes* del Complejo I, pe-



ro en época apreciablemente posterior, aparecen en las Antillas los primeros grupos culturales *aruacos* o *arahuacos*, procedentes también de Sur América.

Si bien, como hemos apuntado, para el estudio de los períodos de las culturas pre-cerámicas cada una de las islas de las Grandes Antillas puede ser considerada como un bloque individual, esta modalidad de enfoque unitario resulta impropia para el estudio de los subsiguientes períodos de ocupaciones aruacas en Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba.

Los inmutables testimonios arqueológicos sacados a la luz por la colectiva labor ya indicada, tienden a demostrar que, por el contrario, cada una de estas tres islas parece haber constado —en diversos períodos *aruacos*— de subdivisiones culturales propias, subdivisiones que a veces, y aunque ello parezca extraño, llegaron a estar más en relación con áreas de culturas similares localizadas en alguna porción vecina de otra isla, que con la subdivisión cultural que le era territorialmente adyacente.

Así por ejemplo, en algunas de estas fases *aruacas*, especialmente en la intermedia y la final, la cultura indígena de la parte occidental de Puerto Rico estuvo ostensiblemente más relacionada con la zona oriental de la isla de Santo Domingo, al otro lado del Canal de la Mona, que con la parte oriental de Puerto Rico que le era adyacente, llegando a veces a constituir entre ambas una casi homogénea área de difusión cultural *taína*.

Del mismo modo, la parte hoy haitiana de la isla de Santo Domingo, —con un desarrollo material y cultural que en la mayoría de sus fases fué notoriamente inferior al de nuestra parte oriental—, parecía relacionarse más, en muchos aspectos, con el oriente de Cuba, al otro lado del Canal del Viento, que con el área que hoy ocupa la República Dominicana.

Esto último se explica, para los primeros períodos de la ocupación *aruaca*, por el hecho de que, ante el incontenible avance de los *taínos*, (entonces *sub-taínos*), que irrumpieron desde el este, los rústicos y primitivos *ciboneyes* que desde un período anterior ocu-



paban la isla de Santo Domingo, se replegaron hacia las zonas periféricas de la porción occidental de la isla, donde Oviedo, —si bien discutido por Las Casas, pero respaldado hoy por los testimonios arqueológicos descubiertos—, informa, al igual que Pedro Mártir, que sobrevivían algunos grupos hasta principios del Siglo XVI, refugiados, como trogloditas, en las grutas y abrigos rocosos de la agreste y estrecha península sud-occidental de Guacayarima o Jaquimo, en el Maciso de la Hotte del hoy Departamento del Sur haitiano.

Puede postularse, por lo tanto, que en sus primeros tiempos de ocupación la mayoría de los *sub-táinos* se asentaron en la parte oriental de nuestra isla, dejando a los *ciboneyes* la parte occidental, donde éstos formaron una especie de barrera étnica antagónica, que debió obstruir o entorpecer por mucho tiempo la difusión de las nuevas culturas *aruacas* hacia el territorio haitiano y hacia Cuba, Jamaica y las Bahamas.

Siglos después, y tras tres distintos períodos evolutivos de las culturas aruacas antillanas, es peculiar que todavía encontremos en nuestra isla un clima antagónico entre sus pobladores indígenas del este y del oeste. En relación con las enconadas desavenencias políticas que prevalecían aquí a la llegada de los españoles, el Padre Las Casas refiere que los indígenas de Marién, Jaragua y Maguá mantenían entre sí relaciones cordiales, y eran pacíficos y laboriosos, no así los de Higüey y Maguana, que no se trataban con los demás.

En cambio los higüeyanos, que según Oviedo "...eran valientes y nada sufridos e su gente la mas animosa..." tenían establecida intensa comunicación diaria, en canoas, con los de Puerto Rico. Por su lado, los de Jaragua tenían su propio intercambio marítimo con Cuba y las Bahamas sureñas.

Nada homogénea era pues la población indígena encontrada por Colón a su llegada a nuestra isla. Factor determinante en la facilitación de su conquista por los hispanos, fué su falta de unidad política, social y lingüística.

Ejemplos, entre centenares de testimonios arqueológicos, que confirman la existencia de estas subdivisiones insulares para ciertas



zonas de la difusión cultural aruaca en las Antillas Mayores, y relacionan, —por la inequívoca homología de sus elementos—, muchísimo más al territorio hoy dominicano con el oeste puertorriqueño que con la actual porción haitiana de nuestra isla, son innumerables piezas de alto carácter ceremonial y religioso, entre las que se destacan los muy elaborados y vistosos *cemies* de piedras de tres puntas, o *trigonolitos*; las llamadas cabezas pétreas de Macorís o *cefalolitos*; las raras piedras acodadas, o *elbow stones*, y los bellísimos y enigmáticos grandes collares monolíticos, o *colleras de piedra*. Estas preciosas tallas líticas, de excepcional valor artístico, aparecen sobre todo en la región oriental de la República Dominicana (en los campos de San Pedro de Macorís, Higüey y La Romana), así como en la parte occidental de Puerto Rico. En cambio, son de muy escasa o casi ninguna ocurrencia en la parte occidental de la República Dominicana y en todo el territorio haitiano.

Las formas cerámicas confirman igualmente estas sub-divisiones prehistóricas insulares. He aquí un ejemplo entre las muchas comprobaciones logradas: a raíz de sus extensos estudios sistemáticos en Puerto Rico, y en relación con las excavaciones de Barrio Cañas, al este de Ponce, Rainey, en 1940, informó que “las asas con cabezas modeladas, aplicadas a las vasijas, aumentaron en número durante los últimos períodos de ocupación”, —o sea con el horizonte *taíno* del cuarto período— “y la forma más distribuída y distintiva de esas asas eran cabezas de murciélago. En los residuarios de Coto... las cabezas de murciélago fueron aún más numerosas que en Cañas”. En cambio “en Monserrate, las asas con cabezas modeladas fueron muy escasas, y las cabezas de murciélago totalmente ausentes”. Ya que Coto está en la costa noroeste puertorriqueña, Cañas en la costa suroeste, y Monserrate en cambio, está en la costa noreste, esta distribución espacial y posición en los residuarios debe indicar una introducción de las asas modeladas, y particularmente del elemento cabeza de murciélago, desde el oeste... Las asas con cabeza de murciélago son muy numerosas en Santo Domingo, que está precisamente al oeste de Puerto Rico, y es significativo que son más numerosas en el oeste que en el este de Puerto Rico.

Así pues, esta modalidad peculiar en la decoración de asas de vasijas taínas, que alcanzó luego su más alto desarrollo en nuestro



estilo "*Boca Chica*", parece haber tenido también su mayor difusión en la parte oriental de Santo Domingo, de donde procedía, y en la occidental de Puerto Rico.

En este sentido se expresa también Krieger quien, en su excelente monografía "Aboriginal Indian Pottery of the Dominican Republic", consigna: "Nos vemos obligados a aceptar la conclusión apuntada por Fewkes hace algunos años, de que las formas cerámicas del sureste de Santo Domingo, junto con las del suroeste de Puerto Rico, son superiores y alcanzaron un mayor grado de desarrollo que el que lograron las formas cerámicas aruacas de otros lugares de estas dos islas".

El aspecto religioso y ceremonial fué también considerablemente más desarrollado y elaborado en la región que hoy ocupa la República Dominicana y en el oeste de Puerto Rico, donde abundan, mucho más que en Haití, Cuba y el mismo oriente puertorriqueño, los amuletos, cemies, vasos y potizas efigies, espátulas vómicas, y plazas ceremoniales.

\* \* \*

Con tantos factores variables, complicada se presentaba pues, hasta hace poco, la tarea de estructurar una satisfactoria determinación de los aspectos culturales que pudieron caracterizar, en distintas zonas y en diversas épocas, las ocupaciones aruacas en las Antillas.

Pero las comprobaciones arqueológicas acumuladas en el transcurso de los últimos tres decenios, y las nuevas investigaciones que se realizan, están facilitando esta delicada y difícil labor, permitiendo ya considerar, para los períodos de ocupaciones aruacas en las Antillas Mayores, la probable existencia prehistórica de tres principales áreas culturales distintas, bastante bien definidas (sobre todo para los períodos finales aruacos), cuyos ejes, como lo sugiere el Dr. Rouse, debieron estar centralizados no en las islas en sí, sino más bien en los canales marítimos que separan las Grandes Antillas.

Dichas tres áreas culturales aruacas, en esta porción norteña



antillana, cuyos delineamientos fueron propuestos por el Dr. Rouse en el año 1951 con el amplio respaldo de las extensas y minuciosas investigaciones arqueológicas realizadas por el muy destacado "Programa Antropológico del Caribe" que durante las últimas décadas ha estado sistemáticamente llevando a cabo la Universidad de Yale, serían las siguientes:

En el este, las Islas Vírgenes, Vieques y Puerto Rico oriental, como componentes del "Área Cultural del Canal de Vieques".

Al centro, la parte oriental de la Isla de Santo Domingo, hoy territorio dominicano, y la parte occidental de Puerto Rico, integrando la zona que alcanzó el más elevado nivel cultural *taíno*, —tanto material como político, social y religioso—, y que podría llamarse "Área Cultural del Canal de la Mona".

Y, finalmente, en el oeste, Haití, el oriente y centro de Cuba, Jamaica y las Islas Turcas y Caicos, constituyendo el "Área Cultural del Canal del Viento" al que enmarcan desde el sur, norte, este y oeste.

\* \* \*

En Cuba, donde no tienen el problema *ígneri*, pero cuentan con el *sub-taíno* de Harrington, y con el propio *taíno*, y donde, además, como ya dijimos, el seudo "*ciboney*" de la denominación de Harrington, Osgood y Rouse, tendía a subdividirse en dos distintos horizontes culturales no-cerámicos, existía una desorientadora pluralidad de denominaciones, variadamente aplicadas por los arqueólogos, —y no siempre con acierto—, entre las que figuraban los apelativos: *guanahatabey*, *guanatahabey*, *guanahacabibe*, *ciboney*, *aunabey*, *paleolítico*, *mesolítico*, *arcáico*, *aruaco*, *arawaco*, *sub-taíno*, *taíno*, etc.

Como indicamos anteriormente, tratando de simplificar la clasificación y la terminología aplicadas a las culturas prehispánicas de su isla, los arqueólogos cubanos propusieron y aprobaron oficialmente, en la "Reunión en Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe", celebrada en La Habana en septiembre de 1950, las siguientes denominaciones para Cuba:



*Complejo Cultural I*, o “Cultura de la Concha” representada por el antiguo *guanahatabey*.

*Complejo Cultural II*, o “Cultura de la Piedra”.

*Complejo Cultural III*, o “Cultura de la Alfarería” que abarca todo el grupo cultural *taíno*.

A estos complejos, corresponden períodos distintos de ocupación que aún no han sido satisfactoriamente determinados puesto que como ya lo consignamos, se considera actualmente que el Complejo II fué en realidad cronológicamente anterior al Complejo I. Para el tercer Complejo se propuso que, para separar el *sub-taíno* del *taíno*, se considerara la diferenciación de los tipos alfareros.

La nueva nomenclatura cubana, con sus recientes rectificaciones ya indicadas, clarifica, y soluciona en cierta medida, el problema de la clasificación de los períodos prehistóricos de la más occidental de las Antillas, pero no es aplicable taxonómicamente, en todos sus aspectos, a las islas de Santo Domingo y Puerto Rico, donde los períodos fueron distintos, y donde aparecieron complejos culturales indígenas —los *igneris*, por ejemplo, y los *ciguayos*— cuyos componentes no llegaron a alcanzar las playas cubanas.

La ponderada y bien sustentada clasificación de áreas y períodos en las Antillas Mayores, presentada en 1951 por el Dr. Rouse, y revisada y ampliada por el mismo autor en 1953, puede ser aceptada hoy como la más ajustada y propia para las islas de Santo Domingo y Puerto Rico, si se tiene en cuenta que la denominación de *Ciboney* que en ella aparece para nuestras culturas marginales debe considerarse en realidad *binaria* ya que abarca ahora para Cuba y Santo Domingo la dicotomía de los dos nuevos Complejos I y II, de la Concha y de la Piedra, que han sido recientemente reconocidos para nuestras prehistóricas culturas pre-cerámicas y pre-agrícolas.

La relativa escasez, en aquellos momentos, de datos organizados y precisos sobre la arqueología de Jamaica y de las Bahamas, provocó la eliminación de estas islas de los revisados gráficos cronológicos publicados en 1953. Pero un muy reciente trabajo publi-



cado por Granberry en octubre del año pasado, en relación con las investigaciones arqueológicas que está realizando en las Bahamas, nos ha permitido ahora tener en cuenta el pequeño archipiélago norteño y reincorporarlo en la clasificación general de las culturas antillanas.

Actualmente, con este último aporte, el panorama arqueológico de la región norteña del Caribe, —basado en los más recientes estudios, y estructurado gráficamente con las características correspondientes de áreas, períodos y culturas— presenta las Antillas Mayores, y algunas islas adyacentes, repartidas en 12 unidades o zonas geográficas distintas, que, consideradas de este a oeste, incluyen:

- 1—Las Islas Vírgenes, que forman una sola zona, y que aunque pertenecen a las Antillas Menores, son levantinas vecinas de Puerto Rico.
- 2 y 3—La isla de Puerto Rico subdividida en dos partes, oriental y occidental.
- 4 y 5—La Española o Isla de Santo Domingo, subdividida en dos zonas, similares a las que hoy ocupan respectivamente la República Dominicana y Haití.
- 6, 7 y 8—La isla de Cuba, dividida en tres áreas, oriental, central y occidental.
- 9—Jamaica.
- 10, 11 y 12—Las islitas del archipiélago de las Bahamas, colindantes septentrionales de nuestras Antillas, que se reparten igualmente en tres zonas: islas Turcas y Caicos, Bahamas centrales, y Bahamas norteñas.

Cada una de estas regiones parece haber sido geográficamente homogénea en cultura durante cada período sucesivo de ocupación aruaca en la prehistoria antillana, pero no deben ser tenidas propiamente como áreas de cultura, sino como segmentos de áreas culturales ya que, para determinar tales áreas, hay que tener en cuenta las variantes ocurridas en los períodos de tiempo, y combinar, período por período, aquellas que fueron similares en cultura.



Por lo tanto, para el estudio de cada complejo cultural, en adición a los elementos de testimonio de sus características patrimoniales, hay que contar con dos factores fundamentales: el *espacio*, o sea la zona geográfica ocupada, y el *tiempo*, o sea el momento en que dicha ocupación ocurre dentro de una cronología relativa de períodos, formulada con ayuda de los testimonios aportados por los diferentes niveles estratigráficos de las excavaciones arqueológicas, y por los datos conservados, en muchos casos, por la historia, o por la protohistoria.

\* \* \*

La mayoría de las migraciones étnicas que, en distintas oleadas de penetración, llegaron a las tierras antillanas, debieron estar inicialmente constituídas por grupos o bandas tribales que, perseguidas en sus primitivos lugares de habitación por núcleos antagónicos más poderosos, se fueron replegando hacia las playas y marismas costeras.

Finalmente, en sus ansias de evasión y de aislamiento de los peligros que los amenazaban en tierra-firme, sus miradas se volvieron hacia el mar, y hacia él fueron, —hacia nuestro mediterráneo de América—, cruzándolo en sus rústicos y precarios barquichuelos, en busca de las islas, de esas porciones de tierra rodeadas de agua que durante milenios constituyeron la meta de las aspiraciones de seguridad corporal, libertad, paz y posibilidad de supervivencia para muchas primitivas razas perseguidas.

En los inquietos afanes de su búsqueda de un más distante aislamiento, que les brindase una más venturosa seguridad, las migraciones aruacas llegaron finalmente hasta las Antillas Mayores donde, en las islas de Puerto Rico y Santo Domingo, encontraron tierras más propicias —por su fertilidad, su abundancia y su mejor distribución de aguas— que las que les habían ofrecido los ásperos islotes de las Antillas Menores.

La historia y la tradición guardan silencio sobre la forma, cuánta, hazañas, avatares y vicisitudes de aquellas difíciles y arriesgadas etapas migratorias.



Pero la arqueología sí nos demuestra hoy, con sus imperecederos testimonios, que la ventura de los que llegaban a estas playas se veía luego turbada por el arribo de otros grupos étnicos, a veces antagónicos y combativos, que venían igualmente a asentarse en las más lejanas y feraces ínsulas del archipiélago.

Por ello, como complemento a la clasificación antillana de áreas, aparecen los períodos de tiempo, supeditados, unas veces al orden de llegada de esas sucesivas oleadas migratorias, y otras, a los más notorios cambios evolutivos ocurridos en su cultura, todo ello determinado, como ya dijimos, por medio de las secuencias cronológicas observadas en los distintos niveles de las excavaciones arqueológicas sistemáticas.

\* \* \*

Hasta ahora, los períodos reconocidos para las Antillas Mayores son 7, y han sido numerados: I, IIa, IIb, IIIa, IIIb, IVa y IVb, o sea que, si bien sólo hay 4 grandes períodos básicos, o eras, a partir del segundo, cada gran período se subdivide en dos porciones, o fases, distintas. Sin embargo, para una mayor claridad de estas exposiciones, los consideraremos como 7 períodos individuales, porque tuvieron características propias, si bien algunos lograron dichas características, como ya apuntamos, por proceso evolutivo de elementos de la fase anterior.

Las principales características que han servido a Rainey y a Rouse de fundamentos para la determinación y estructuración de estos períodos, pueden resumirse, a grandes rasgos, del siguiente modo:

**El Período I** representa la llegada y asentamiento en las Antillas Mayores de los grupos marginales de pescadores, cazadores y recolectores, sin cerámica ni agricultura, que ocuparon Cuba, la isla de Santo Domingo, y posiblemente también parte de Puerto Rico e Islas Vírgenes.

**El Período II** marca la llegada de las culturas suramericanas de los bosques tropicales, con el asentamiento de las primeras oleadas migratorias aruacas —*los ígneris*— hasta



las Islas Vírgenes y Puerto Rico, y la introducción de la primera cerámica y la primera agricultura que conocieron las Antillas. La segunda porción de este período representa la primera evolución del estilo cerámico de estos *ígneris*, y, probablemente sus primeros arribos a Santo Domingo.

El Período III cubre la llegada de las nuevas oleadas aruacas *sub-taínas*, y la ocupación aruaca de todas las Antillas. Es además el período intermedio en el cual se inicia el desarrollo de las grandes evoluciones culturales antillanas. Aparecen los nuevos estilos cerámicos con decoración incisa, y, en el segundo sub-período, comienza a manifestarse la nueva *cultura circuncaribe* con los primeros indicios materiales del culto a los *cemies*, las plazas ceremoniales y los juegos de pelota.

El Período IV representa el máximo desarrollo del complejo cultural *taíno*, con su centro de difusión en la parte oriental de la isla de Santo Domingo, y el predominio del estilo cerámico "*Boca Chica*" en las Antillas Mayores. La parte final de este período cubre la época del contacto histórico del indígena antillano con el conquistador europeo.

En estos períodos, la línea de demarcación de mayor trascendencia, es la que deslinda las épocas de ocupaciones de los complejos culturales *marginales* no-cerámicos, y los separa de los complejos culturales *agrícolas* y alfareros de la posterior penetración aruaca a las Antillas.

\* \* \*

El primer período propuesto señala pues la época en que los grupos pre-cerámicos y pre-agrícolas tomaron posesión de las Antillas Mayores.

Considerándolos originalmente a todos como *ciboneyes*, y asumiéndolos como cronológicamente homogéneos, este período parecía en un principio no necesitar subdivisiones; pero en vista de los re-



sultados de las recientes investigaciones y rectificaciones, comprobatorias de la presencia en Cuba del seudo *ciboney* de Cayo Redondo, anterior a la ocupación *guanahatabey* de Guayabo Blanco, y aunque no hay acuerdo todavía sobre los respectivos límites espaciales y temporales de estos dos complejos, estimamos que habrá que conceder al primero un período Ia y al segundo un período Ib.

El análisis de los testimonios arqueológicos interpretados en términos culturales, y la distribución espacial de los asientos *guanahatabeyes* del *Complejo I*, y los del *Complejo II* encontrados en las Antillas Mayores, infieren una adaptación de esas culturas, —por pequeños núcleos dispersos—, a una vida recolectora, pescadora y cazadora, limitada, al parecer, a las zonas litorales de estas islas.

Debió ser la suya una simple economía de consumo, con ausencia total de producción, y en ella figuraron probablemente los hombres como pescadores y cazadores, y las mujeres como recolectoras, en una incipiente organización social del tipo marginal de bandas o familias.

La poca profundidad y reducido tamaño de sus residuarios sugiere que debieron llevar una vida semi-nómada, sin lugares de habitación fija, albergándose en abrigos rocosos y grutas, o en simples y precarios paraderos de ramajes, o estaciones, localizados de preferencia en isletas, marismas o sabanas costeras con fácil acceso a criaderos de moluscos y crustáceos y a fuentes de agua potable.

Obtenían sus alimentos por la caza, por la pesca, especialmente de moluscos, crustáceos, careyes y tortugas, y por la colecta de raíces, frutas y bayas silvestres.

En general, el inventario tecnológico de los asientos *guanahatabeyes* del *Complejo I* consiste en un muy reducido utillaje conchero con ocasionales morteros rústicos de piedra y algunos guijarros naturales adaptados como majadores y percutores.

En los residuarios del *Complejo II*, si bien probablemente anteriores a los del *Complejo I*, se encuentra generalmente un ajuar conchero más escaso que el del *guanahatabey*, pero adicionado de abundante material lítico, sobre todo en la isla de Santo Domingo, donde, además de las típicas bolas y dagas líticas que infieren un



principio religioso-ceremonial, aparecen los recios cuchillos y raspadores de pedernal, tallados rústicamente por presión o percusión.

Para ambas culturas la talla de la piedra fué relativamente tosca y sin pulimento. Algunos objetos de madera, con diseños incisos de puntos y cortas líneas paralelas, aparecen en el *Complejo II* ocurriendo también frecuentes residuos de ocre rojo o amarillo, colorantes minerales que debieron ser utilizados para la pintura corporal.

La presencia de sólidas y cortantes gubias o azuelas de concha en los residuarios del *Complejo I*, y la de hachas de piedra en los del *Complejo II*, sumada a su conocimiento del fuego, —atestiguado por ocasionales trazas de cenizas de fogones—, sugiere que pudieron posiblemente fabricar canoas vaciadas de troncos de árboles para sus viajes y pesquerías.

En la isla de Santo Domingo, los típicos cuchillos de pedernal de las culturas primigenias a-cerámicas persistieron hasta la época histórica en la que eran todavía utilizados por los *taínos* como utensilios y como armas, según testimonio de Benzoni.

\* \* \*

Después de los núcleos de los protoantillanos del *Complejo II* y de los *guanahatabeyes* y *ciboneyes* del *Complejo I*, llegaron los primeros grupos agrícolas y alfareros suramericanos. Al mencionar en lo adelante en este trabajo a los *guanahatabeyes* y *ciboneyes* nos referiremos a los indígenas de cultura pre-cerámica que a la llegada de los hispanos, aún sobrevivían en las zonas periféricas occidentales de Santo Domingo y de Cuba.

Para el estudio de las fases *aruacas* antillanas, se ha procedido por agrupamientos de períodos y por delimitaciones o apropiaciones espaciales, siguiendo la trayectoria del este hacia el oeste, y los turnos respectivos de secuencia, de las penetraciones *ignéris*, *taínas* y finalmente *caribes*.

La mayoría de esas fases han sido identificadas sobre todo por los estilos de su cerámica, por constituir esta última el elemento de diagnóstico más abundante que ofrecen las excavaciones arqueológicas antillanas.



Estos estilos cerámicos han sido respectivamente designados, según la costumbre establecida, por los nombres de los sitios donde por primera vez han sido observados, o donde han ocurrido con más notoria homogeneidad y profusión.

En el *Período IIa*, los primeros aruacos —los *ígneris*— hacen su aparición en las Antillas Menores, Islas Vírgenes y Puerto Rico. Clasificados como componentes de las tribus agrícolas de los bosques tropicales de Sur América, denominadas “*brasílicas*” por Eickstedt, procedían probablemente de alguna zona, aún indeterminada, de la cuenca venezolana del bajo Orinoco, y traían con ellos una cerámica de alta calidad, decorada con amplios diseños semi-abstractos pintados en blanco sobre engobe rojo, y a veces con dibujos negros. Era la primera alfarería en llegar a estas islas, y se la conoce bajo el nombre de estilo “*Cuevas*” de Puerto Rico, que luego, en el *Período IIb*, evolucionó, quizás por asfixia ambiental, perdiendo los dibujos blancos, y conservando solamente el color rojo y a veces un poco de negro en su decoración, pero persistiendo su fina calidad alfarera. Trajeron también con ellos la primera agricultura que conocieron las Antillas, las típicas hachas petaloides de piedra muy pulida, las hamacas de fibra, así como los burenes y la peculiar técnica para la elaboración de su alimento básico, el casabe de harina de yuca.

Este último, el casabe de harina de la yuca, o mandioca (*manihot utilissima*), es precisamente el elemento cultural que identifica y caracteriza más específicamente las numerosas ramas de la gran familia aruaca suramericana que poblaron las Guayanas, las cuencas inferiores del Orinoco y del Amazonas, y el Archipiélago Antillano. El término genérico de *aruacos* o *arahuacos* con que fueron designados, significaba “comedores de harina” y, como dice Brinton, les fué primeramente aplicado por la cantidad de pan de casabe que consumían.

Pero los primeros *aruacos* que se asentaron en el Archipiélago Antillano en los períodos *IIa* y *IIb*, no parecen haber traído con ellos, de su primitivo *habitat* suramericano, el culto a los dioses y el extraordinario complejo religioso y ceremonial que luego, —sobre todo en La Española— caracterizó tan destacadamente a los *taínos* en la época colombina. Esto lo sugiere la notoria ausencia de *cemies*, amu-



letos u otros objetos de ceremonial religioso en los niveles estratigráficos correspondientes a estos primeros períodos de ocupación en Islas Vírgenes y Puerto Rico.

Aunque Rainey, Rouse, Mason y otros autores asumen que durante los períodos IIa y IIb los *igneris* no avanzaron nunca al oeste de Puerto Rico, recientes y muy importantes descubrimientos dominicanos nos permiten ahora aseverar que llegaron hasta nuestras costas.

Si bien las típicas piezas alfareras, —pintadas de blanco y rojo—, del menaje de su primera fase, no han podido ser encontradas en las excavaciones arqueológicas realizadas hasta hoy en nuestro suelo, los primeros *igneris* —los del período IIa—, nos han dejado una muda pero irrefutable constancia de su arribo a nuestras playas, en los muy característicos dibujos con que cubrieron las paredes de las “Cuevas del Corral” descubiertas en la sección de Borbón, al norte de San Cristóbal, y que fueron estudiadas en la primavera del 1955 por el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas.

El singular y dominante carácter abstracto, la técnica del trazado, y la distribución, el desarrollo y la amplitud sui-géneris de las negras masas pictóricas de estos notables dibujos rupestres de San Cristóbal, los relacionan inequívocamente con los motivos decorativos que aparecen pintados en la cerámica blanca-y-roja *igneri*, y los diferencian substancialmente de las demás pictografías y petroglifos indígenas que han sido observados, hasta la fecha, en numerosas cuevas, grandes peñas y abrigos rocosos de nuestra isla.

Otro reciente descubrimiento, realizado por el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas, ha permitido igualmente comprobar que los *igneris* del período IIb, —los de la delgada alfarería evolucionada a los colores rojo y negro—, llegaron también a nuestra isla. En abril del año 1952, en el curso de un programa de estudios arqueológicos que se llevaba a cabo en la pintoresca faja costera de dunas arenosas que se extiende junto al Mar Caribe, entre Ciudad Trujillo y San Pedro de Macorís, mientras realizábamos excavaciones en el paraje de Corrales, zona oriental de la sección de Juandólio, fueron obtenidos numerosos fragmentos de cerámica tipo *igneri*, pintada de rojo y negro. La pieza más importante



lograda entonces fué un gran fragmento, que constituye más de las dos terceras partes de una vasija-efigie, con cuatro cortas patas cilindroides, de cerámica fina y de muy buena cocción, con pintura general roja y franjas verticales de tinte negro, que la relacionan con los *igneris* del período IIb.

Por lo demás, y salvo para las excepciones que acabamos de indicar y que pueden ser ampliadas por futuros descubrimientos, se estima que durante todo el período II los *guanahatabeyes* y los *cí boneyes* continuaban ocupando las islas de Cuba y Santo Domingo.

\* \* \*

Los períodos IIIa y IIIb representan la aparición de la cerámica modelada incisa en las Grandes Antillas y el desarrollo de nuevos estilos cerámicos, muchos de ellos muy inferiores a los del período anterior igneri.

Algunos autores consideran que esto pudo quizás provenir de un proceso degenerativo, pero estimamos que tiende más bien a marcar la probable llegada de los primeros *taínos*, o *sub-taínos*, y su posterior evolución antillana, sobre todo en el período IIIb en el cual aparecen los primeros indicios del culto a los *cemies* y los primeros *bateyes* de pelota y plazas ceremoniales en Santo Domingo y en la vecina parte occidental de Puerto Rico, primigenios exponentes de la nueva cultura circuncaribe.

Es indudable que los recién llegados hubieron de absorber también notorias influencias de sus predecesores, y así lo confirman recientes estudios estratigráficos que han permitido evidenciar determinadas supervivencias y la existencia de cierta continuidad en el desarrollo evolutivo de los estilos y culturas, al través de los períodos aruacos II, III y IV.

Al este de Santo Domingo aparecen en Puerto Rico, durante los períodos IIIa y IIIb, dos estilos alfareros distintos: *Ostiones* y *Santa Elena*. El primero, con una delgada cerámica pintada de rojo, de alta calidad y muy buena cochura, es un evidente desarrollo del anterior estilo "Cuevas" de los *igneris*. El segundo, con una alfarería tosca y más gruesa, con decoración rectilínea incisa corta y grandes



asas con cabezas modeladas, debió ser introducido por los recién llegados *sub-táinos*.

Los evolucionados *ígneris* que en el período IIIa desarrollaron en el extremo occidental de Puerto Rico el notable estilo "*Ostiones*", cruzaron, desde el inicio de dicho período, el Canal de la Mona, y se asentaron en nuestras costas orientales.

Los testimonios arqueológicos los sitúan en "Corrales", cerca de Juandolio, donde, con el Instituto de Investigaciones Antropológicas, los descubrimos en 1952, y junto a Caño Azul, en la Bahía de Rincón, extremo oriental de la península de Samaná, donde los localizamos en exploraciones realizadas a principios del año 1957. Krieger, en 1927, había obtenido algunos fragmentos de esta cerámica de Anadel, San Juan y otros sitios costeros de la Bahía de Samaná, pero los calificó tentativamente como de muy posterior influencia *caribe*.

El principal asiento de este estilo cerámico, y el más homogéneo, localizado hasta ahora en la isla de Santo Domingo, fué el descubierto, como ya dijimos, en 1952, en las dunas arenosas de la costa de la sección de Corrales, unos 4 kilómetros al este de Juandolio.

Tal como lo expresamos en un trabajo anterior, el material arqueológico suministrado por diez pozos que, en aquella oportunidad y en forma sistemática, excavamos, con el compañero Cruzent, en el sitio de Corrales, aportó amplia confirmación de que efectivamente se trataba de un nuevo estilo de alfarería indígena, anterior aquí al arribo de los *táinos*, y relacionable con el estilo "*Ostiones*" de los *ígneris*.

Como simple dato informativo, consignaremos, de paso, que este nuevo estilo "Corrales" de nuestra alfarería precolombina, presenta, como características principales, una cerámica de buena cocción y bordes finos, apreciablemente resistente, generalmente pintada de rojo sobre casi toda su superficie, y con frecuente pulimento exterior. De modelado sobrio y con tendencia a estilización más bien zoomorfa, consta de muy escasa decoración incisa pero de frecuentes asas acintadas finas, aquilladas o con parcos salientes cilín-



dricos, apareciendo formas naviculares delgadamente aquilladas en los extremos.

El descubrimiento de este nuevo complejo cultural indígena fué comunicado a diversos organismos científicos extranjeros interesados en la arqueología antillana, y el Dr. Rouse, en los gráficos cronológicos de su última obra "La teoría circun-caribe sometida a prueba arqueológica" publicada en 1953, hizo figurar el nuevo estilo *igneri* "Corrales" de la República Dominicana en nuestro Período IIIa, debajo del estilo taíno "Boca Chica".

En el curso del Período III llegan también a nuestras costas los primeros *sub-taínos*, lo que provoca el desplazamiento de los *ciboneyes* hacia el extremo occidental de la isla, donde algunos sobreviven, aislados, hasta el momento del contacto histórico.

Sin embargo los toscos diseños, —punteados y de líneas paralelas oblicuas y entrecruzadas—, del pétreo o lignario ajuar de estos grupos semi-nómadas de colectores y cazadores, parecen haber influido sobre las normas de la decoración cerámica de aquellos *sub-taínos* que tuvieron contacto con ellos. Influidos por la retardada *cultura marginal* de los *ciboneyes*, y probablemente aislados con ellos en aquellas apartadas regiones donde luego crearon una barrera antagónica a las penetraciones del este, los *sub-taínos* que poblaron el territorio hoy haitiano sólo consiguieron desarrollar, posteriormente, y salvo una muy tardía y breve excepción, estilos y culturas muy inferiores a los que lograron sus congéneres que se asentaron en la porción hoy dominicana de la isla, y que probablemente se beneficiaron en sus contactos con los avanzados grupos de la evolucionada cultura *igneri*.

Lo ocurrido en Haití, donde el contacto del *sub-taíno* con el *ciboney* produce una rudimental y rezagada cultura y una muy tosca alfarería, se repite, por las mismas circunstancias, en Cuba oriental y central, Jamaica y las Bahamas. Estas rústicas cerámicas del período III se clasifican hoy como estilos "*Macady*" y "*Meillac*" para Haití; "*tipo-Meillac*" para las Bahamas sureñas; "*Bani*" para Cuba oriental y central, y "*tipo-Bani*" para Jamaica.

En cambio, en la parte oriental de nuestra isla, y en el oeste



de Puerto Rico, el contacto del sub-taíno con el igneri evolucionado produce, a pasos rápidos, y a partir del período IIIb, la asombrosa evolución de la cual surgió el más avanzado complejo cultural taíno.

\* \* \*

El Período IVa representa la elevación de los taínos del este de Santo Domingo a la supremacía cultural indígena de todas las Antillas, y, algo antes del contacto histórico, su final penetración en el occidente de nuestra isla.

Influyeron los taínos de Santo Domingo directamente sobre sus vecinos de la porción oeste puertorriqueña que también lograron un muy destacado desarrollo, y difundieron su avanzada cultura hacia las demás Antillas Mayores en momentos en que los *caribes* invadían ya las Antillas Menores y dejaban a todos los *aruacos-insulares* aislados de sus primitivos centros de expansión suramericanos.

Fué durante este período que realizaron sus más perfectas tallas líticas y que llevaron a una máxima expresión artística a su admirable estilo cerámico "*Boca Chica*", que influyó sobre todas las cerámicas antillanas de esa época.

En realidad, y así lo reconocen los arqueólogos antillanos y continentales, el verdadero centro de desarrollo y de difusión de dicho estilo "*Boca Chica*", —el más avanzado y elaborado logrado por nuestros artífices indígenas como culminación de la sorprendente evolución antillana de los *aruaco-taínos*—, lo constituyó la parte sureste de Santo Domingo, donde los más destacados y artísticos exponentes de esa época provienen generalmente de Boca Chica, Andrés, La Caleta, Juandólio y regiones aledañas, y desde donde parecen haberse difundido hacia el resto de la isla y hacia las Antillas vecinas.

Correspondientes a este período han sido reconocidos cinco nuevos estilos en las Antillas Mayores: "*Esperanza*" y "*Capá*" en Puerto Rico; "*Boca Chica*" en la República Dominicana; "*Carrier*" en Haití y Bahamas sureñas, y "*Pueblo Viejo*" en Cuba.



A este respecto, y tras minuciosos estudios y comprobaciones llevadas a cabo por la Universidad de Yale, ha declarado el Dr. Rouse: "El más elaborado de estos es el "*Boca Chica*" en la República Dominicana... Los otros nuevos estilos son variaciones del "*Boca Chica*"... y muestran una simplicidad que va en aumento a medida que uno se mueve hacia el este y hacia el oeste del hogar del estilo "*Boca Chica*" en la República Dominicana, como si fueran derivados de allí".

Este predominio antillano de nuestro estilo "*Boca Chica*" lo hemos podido comprobar personalmente, para el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas, mediante cuidadosos estudios comparativos llevados a cabo especialmente en Puerto Rico y en Cuba, y ha sido también ampliamente confirmado por los estudios de Fewkes, de Booy, Krieger, Rainey, Herrera Fritot, Cruixent y muchos otros especializados en arqueología indo-antillana.

La bien estructurada organización social, política y religiosa que lograron los *taínos* en Santo Domingo, característica de la más evolucionada cultura circuncaribe, persistió luego hasta el Período IVb, —que es el período del contacto histórico—, y asombró a los europeos con su intrincado complejo ceremonial, su polifacético culto animista a los *cemies*, sus elaborados festivales, su hereditaria aristocracia, y sus sólidas instituciones sociales y políticas, afianzadas en escalonados rangos, o castas, de caciques, buhitíos, nitaínos, pueblo y naborías, con sus respectivas prerrogativas, funciones y obligaciones específicamente determinadas.

\* \* \*

Disponemos de elevado número de testimonios de autores de reconocida valía que, apoyados hoy en pruebas arqueológicas, confirman la notoria superioridad, sobre los de las demás islas antillanas, del indígena que, hacia el momento del contacto histórico, poblaba la porción hoy dominicana de la isla de Santo Domingo. Pero como su enumeración sería harto extensa para el reducido marco del presente trabajo, entre los más recientes bastará con citar, para con-



cluir, al Dr. Herrera Fritot, quien, en su notable monografía “Vasos-Efigies indígenas de la República Dominicana” nos dice:

“Siendo la Española o Santo Domingo la isla antillana de mayor población indígena cuando el Descubrimiento y donde se revela que ocurrió la máxima evolución del aruaco continental, siendo por decirlo así el centro de la aristocracia taína que irradió esa modificada cultura a las demás islas, está claro que es aquí —y especialmente en el territorio de la República Dominicana— donde mayores exponentes de lo más selecto de su arte ha de encontrarse”.

Y efectivamente, brindándonos su excepcional riqueza, tenemos en nuestro suelo miles de sitios arqueológicos, sobre todo taínos, —muchos de ellos recién descubiertos, catalogados y estudiados en la última década por el Instituto de Investigaciones Antropológicas en cumplimiento de las funciones que le han sido encomendadas—, y entre los cuales descuellan las monumentales plazas ceremoniales de Chacuey y La Cacique y la ya conocida de San Juan; los *bateyes* de juego de pelota, especialmente los de Constanza, Palero, Tireo y Río Grande en la Cordillera Central; los espectaculares y extensos asentos de poblados indígenas de Cumayasa, en el este; los sorprendentes conjuntos de enormes montículos funerarios del Cerro del Carril, junto al Paso de los Hidalgos; los inmensos residuarios y cementerios indígenas de las dunas arenosas de La Caleta, Andrés, Boca Chica, La Cucama, Guayacanes, Juandólio, Corrales, Punta Garza, El Caletón y La Mina que tan excepcionales ejemplares de piezas taínas han producido, así como los de Anadel, Río San Juan, Las Galeras, Rincón, Barrera, Hatillo Palma, Cartujo, Carbonera y centenares más, dispersos por todo el país, y que sería imposible enumerar ahora, al igual que las incontables grutas y abrigos rocosos ya localizados, con sus abundantes petroglifos y pictografías y muy substanciales vestigios indígenas.

Índices de la extraordinaria valía de las admirables manifestaciones artísticas que nos legaron los *taínos*, son los raros *trigonolitos* con sus complejas tallas antropomorfas y zoomorfas; los enigmáticos y grandes collares monolíticos; los ornamentados guayos de basalto en forma de escudos; los incontables y variadísimos majadores



de piedra con sus elaboradas tallas representativas; las pulidísimas hachas ceremoniales, petaloides o enmangadas monolíticas; las cabezas pétreas de Macorís, de tan sorprendente naturalismo; las finas y recurvadas espátulas vómicas talladas en costillas de manatí; los duhos, o banquillos de honor, tallados en una sola pieza de negra y pulida madera; los impresionantes vasos-efigies y las ornamentadas *potizas* o botellas, de alta calidad alfarera; la abrumadora cantidad de decoradas vasijas y utensilios del ajuar doméstico o ceremonial y la increíble variedad de ídolos, cemies y amuletos, enigmáticos en sus raras posturas rituales, encarnando, —en preciosas tallas en piedra, madera, hueso, concha y a veces en cerámica modelada—, las elucubradas representaciones antropomorfas, zoomorfas o mitomorfas de los dioses buenos y de los dioses malos del politeísta y prolijo panteón animista del taíno.

La República Dominicana, cuyo territorio, —como lo está comprobando la arqueología—, constituyó el centro por excelencia del desarrollo y difusión de la más avanzada cultura indígena antillana, posee los testimonios materiales más destacados de esa supremacía prehistórica.

Y para que estos testimonios de nuestras culturas primigenias, —venerables reliquias con las cuales sobrevive nuestro ayer más remoto—, puedan ser conservadas con toda la reverencia que su valor amerita, el Gobierno Dominicano, con clara visión de sus responsabilidades culturales y científicas, ha creado, en los últimos 27 años, los organismos oficiales necesarios para velar por la protección de nuestros tesoros seculares, y dispuesto la construcción de un moderno Museo Nacional, en cuyas vitrinas estarán presentes los sagrados testimonios de nuestro pasado y los resultados de las investigaciones antropológicas, arqueológicas y etnológicas realizadas en la República Dominicana, valioso acervo que será objeto del interés y del respeto de las generaciones de hoy y del futuro, y de cuyo estudio se beneficiarán no sólo nuestros investigadores, científicos y artistas sino los del mundo entero.

